



A.D. MDLXII

Collana del Dipartimento di Storia,
Scienze dell'Uomo e della Formazione
dell'Università degli Studi di Sassari

Serie del Centro di Studi Interdisciplinari
sulle Province Romane

Direttore: Raimondo Zucca

43**

In copertina: *Praetorium* della *Legio III Augusta* a *Lambaesis*
(foto di Attilio Mastino).

1^a edizione, novembre 2012
© copyright 2012 by
Carocci editore S.p.A., Roma

Finito di stampare nel novembre 2012

ISSN 1828-3004
ISBN 978-88-430-6287-4

Riproduzione vietata ai sensi di legge
(art. 171 della legge 22 aprile 1941, n. 633)
Senza regolare autorizzazione,
è vietato riprodurre questo volume
anche parzialmente e con qualsiasi mezzo,
compresa la fotocopia,
anche per uso interno o didattico.

I lettori che desiderano
informazioni sui volumi
pubblicati dalla casa editrice
possono rivolgersi direttamente a:

Carocci editore
corso Vittorio Emanuele II 229 - 00186 Roma
telefono 06 / 42818417 - fax 06 / 42747931

Visitateci sul nostro sito Internet:
<http://www.carocci.it>

L'Africa romana

Trasformazione dei paesaggi del potere
nell'Africa settentrionale
fino alla fine del mondo antico

Atti del XIX convegno di studio
Sassari, 16-19 dicembre 2010

A cura di
Maria Bastiana Cocco, Alberto Gavini, Antonio Ibba

Volume secondo



Carocci editore

Volume pubblicato con il contributo finanziario di:



FONDAZIONE BANCO DI SARDEGNA



UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI SASSARI

I saggi di questi Atti di convegno sono stati sottoposti a referaggio.

Comitato scientifico

Presidente: Attilio Mastino

Componenti: Aomar Akerraz, Angela Antona, Samir Aounallah, Piero Bartoloni, Nacéra Benseddik, Paolo Bernardini, Azedine Beschouch, José María Blázquez, Antonietta Boninu, Giovanni Brizzi, Francesca Cenerini, Antonio Maria Corda, Lietta De Salvo, Angela Donati, Rubens D'Oriano, Mounir Fantar, Piergiorgio Floris, Emilio Galvagno, Elisabetta Garau, Mansour Ghaki, Julián González, John J. Herrmann, Antonio Ibba, Mustapha Khanoussi, Giovanni Marginesu, Bruno Massabò, Marc Mayer, Marco Milanese, Marco Edoardo Minoja, Alberto Moravetti, Jean-Paul Morel, Giampiero Pianu, René Rebuffat, Marco Rendeli, Joyce Reynolds, Daniela Rovina, Paola Ruggeri, Donatella Salvi, Sandro Schipani, Ahmed Siraj, Pier Giorgio Spanu, Alessandro Teatini, Alessandro Usai, Emina Usai, Cinzia Vismara, Raimondo Zucca

Coordinamento scientifico

Centro di Studi Interdisciplinari sulle Province Romane dell'Università
degli Studi di Sassari

Viale Umberto I 52 - 07100 Sassari
telefono 079 / 2065233 - fax 079 / 2065241
e-mail: africaromana@uniss.it

Eduardo Sánchez Moreno, Enrique García Riaza
La interacción púnica en Iberia
como precedente de la expansión romana:
el caso de Lusitania

La etapa del control púnico del sur y levante de la Península Ibérica constituye, pese a su brevedad (237-206 a.C.), una fase crucial en la evolución histórica de las comunidades indígenas, al ser integradas, por primera vez, en los esquemas administrativos de un gran estado ultramarino. Este trabajo repasa, en primer lugar, los mecanismos de actuación político-diplomática cartaginesa en Iberia, con especial atención a la política de atracción de los líderes indígenas, fomento de la explotación económica y ampliación del hinterland. En segundo lugar, junto a este interés intrínseco, la época bárquida debe ser evaluada en calidad de antecedente necesario para posteriores dinámicas de integración, correspondientes ya a la *koiné* helenístico-romana. La actitud lusitana ante la expansión de la potencia itálica, el lenguaje de la diplomacia, la estrategia y táctica militares, así como algunos aspectos de la organización administrativa local son herederos de la previa interacción con el mundo púnico, cuyo reexamen cobra, así, un nuevo interés.

Palabras claves: Cartagineses, Lusitanos, expansión romana, interacción.

La firma del *foedus* del año 140 a.C. entre el procónsul Q. Fabio Máximo Serviliano y el líder lusitano Viriato constituye el punto políticamente culminante del conflicto vivido en el Occidente peninsular desde hacía ya una década y media, por más que este tratado oficial, pese a su ratificación en Italia, gozara de una vigencia efímera. Las fuentes literarias antiguas al respecto – básicamente

* Eduardo Sánchez Moreno, Universidad Autónoma de Madrid; Enrique García Riaza, Universitat de les Illes Balears.

Este trabajo se enmarca en el Proyecto de Investigación HAR 2008-02612 (“El Occidente romano durante la época republicana: modelos de integración de las comunidades indígenas”) financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, Gobierno de España.

L’Africa romana XIX, Sassari 2010, Roma 2012, pp. 1249-1260.

Apiano y Diodoro, junto a las *periochae* de Livio¹ – coinciden en señalar que el acuerdo se produjo tras una victoria lusitana y, por lo tanto, en una situación asimétrica; se deduce, también, a partir de los textos, que esa superioridad lusitana, lejos de tomarse como una oportunidad para la masacre del enemigo, se aprovechó para forzar de los interlocutores romanos un tratado paritario. En virtud de éste se declaraba a Viriato como *amicus populi Romani*, se acordaba la evacuación de las tropas romanas del área de combate y se reconocía la legitimidad lusitana sobre los territorios ocupados², probablemente localizables en la Beturia. El acuerdo fue pronto objeto de críticas en Italia, y el nuevo gobernador provincial, Cepión, inició una política unilateral de provocaciones que no lograron de Viriato, en un primer momento, el abandono de su posición de no beligerancia. Las actitudes del líder lusitano – optando, primero, por la salida negociada del conflicto pese a encontrarse en superioridad militar, y ordenando después una retirada táctica cuando era atacado por Cepión contra derecho – han sido valoradas como muestras de la ingenuidad, vacilación o debilidad estructural de las fuerzas hispanas. Sin embargo, desde nuestro punto de vista, tales actitudes demuestran, más bien, el elevado conocimiento entre las élites lusitanas tanto de las relaciones internacionales y la diplomacia en general como del derecho romano en particular, así como indudablemente, de la coyuntura política hispana, marcada por las simultáneas negociaciones de paz en Celtiberia bajo Q. Pompeyo.

Si la lectura de los acontecimientos del 140 a.C. permite abandonar definitivamente una imagen naif o primitivista del movimiento viriático, el estudio de las áreas de influencia lusitana en estos años apunta, igualmente, a un mundo complejo, directamente relacionable con el fenómeno urbano. En la actualidad, se reconoce casi unánimemente una relación con las élites meridionales, tanto

1. APPIAN., *Iber.*, 69-70; DIOD., 33, 1, 4; cf. LIV., *Per.*, 54, *Ox.*, 54.

2. APPIAN., *Iber.*, 69: «Que Viriato era amigo del pueblo romano y que todos los que estaban bajo su mandato eran dueños de la tierra que ocupaban», (trad. Sanchó Royo, p. 162); cf. GARCÍA RIAZA (2002), pp. 149-59; cf. SALINAS DE FRÍAS (2008 p. 105), quien, tras afirmar: «Tampoco creemos que pueda deducirse nada acerca del concepto de soberanía indígena, de la propiedad o posesión de la tierra, ya que no hay datos en ninguna de las fuentes para decir nada al respecto», escribe (*ibid.*, p. 110): «Apiano dice expresamente que por dicho tratado los romanos reconocían la soberanía de Viriato sobre las tierras que poseía en ese momento y los hombres que con él estaban».

de las Beturias céltica y túrdula como del valle del Betis y del Algarve, un mundo de ciudades (sólo en el relato de la paz de Serviliano se alude a nueve³) sobre el que únicamente pudieron cimentarse influencias a través de una sofisticada estructura de control político-militar. Tal nivel de “complejidad lusitana” no surge espontáneamente, ni parece haber sido fruto de un mero desarrollo local y aislado. Desde nuestro punto de vista, ha de tener un antecedente, que debe buscarse en la etapa bárquida, una época de aprendizaje en la que las élites lusitanas habrían recibido una primera aculturación por contacto, que se verificaría, de manera especial – dejando aparte la expedición anibálica a la región de Helmántica⁴ – en el cuadrante suroccidental de la Península Ibérica.

En el período 237-206 a.C., el Suroeste peninsular aparece, en efecto, para los Bárquidas, como área de retaguardia, territorio de refugio y región susceptible de proporcionar nuevos recursos humanos y económicos. El interés por el control de este territorio de retaguardia es evidente desde el inicio de la etapa púnica: Diodoro (25, 10, 1) presenta a Amílcar luchando contra íberos y tartesios, mencionando a Istolacio y su hermano, generales de los “celtas”; Livio (23, 26, 6), ya en plena Segunda Guerra Púnica alude a la sublevación de los tartesios liderada por Chalbo, que implicaba a varios núcleos, contra los que hubo de actuar Asdrúbal; por su parte, Polibio (10, 7, 5) refiere, a propósito de la toma de Cartagena en el 209 a.C., la lejanía de los ejércitos púnicos, encontrándose Magón en la zona de los *Conii* (Algarve) y Asdrúbal Giscón en la desembocadura del Tajo⁵. El Suroeste es, en definitiva, un territorio estratégico por su papel de hinterland del valle del Betis, una región en la que la potencia cartaginesa – primero – y Roma – después – habrán de implicarse militarmente.

El Suroeste – «Lusitania, cerca del Océano» – aparece también como territorio refugio de los ejércitos púnicos frente a los avances escipiónicos ya desde la derrota en la batalla del Ebro del 217 a.C. (Liv., 22, 20, 12), precisamente por ser «el último confín de Hispania, hasta el Océano» (Liv., 28, 12, 10), una región ajena a las influencias de Roma. Es en «el fondo de Lusitania» donde el propio

3. Las cinco de Beturia partidarias de Viriato más Escadia, Gemela y Obólcola – todas con guarniciones de Viriato – así como Erisana, «una de sus ciudades»: APPIAN., *Iber.*, 68-69.

4. Cf. al respecto SÁNCHEZ MORENO (2008).

5. Cf. sobre esta restitución las observaciones de PÉREZ VILATELA (2000), p. 21.

Giscón intenta reorganizarse en el 208 a.C. (Liv. 27, 20, 8; 28, 1, 2) y el territorio en el que se refugia de nuevo un año más tarde (Liv. 28, 2, 15; Liv., 28, 16, 3). Nos hallamos, finalmente, ante un espacio abundante en recursos humanos, lugar de procedencia de los lusitanos especialistas en lucha en terreno agreste que combaten con los cartagineses en Trebia (Liv., 21, 57, 5); probablemente la misma área (que aparece en las fuentes como el hinterland gaditano) en la que los cartagineses reclutan abundantes tropas antes y después de la batalla de Ilipa (Liv., 28, 12, 14; 28, 23, 7). No sólo en Gadir, Carthago Nova y los enclaves estratégicos del valle del Guadalquivir, también más al interior, en la Beturia túrdula, los cartagineses acuñan numerario – en núcleos indígenas aliados o establecimientos propiamente púnicos – para el pago de tropas y servicios, lo que refleja la irradiación de sus intereses hacia el interior⁶.

Esta profunda implicación – voluntaria o no – del Suroeste en el destino del bando cartaginés durante la Segunda Guerra Púnica puede ponerse en relación con las medidas, de extraordinaria dureza, adoptadas para la región por parte de las autoridades romanas tras la rendición de Cádiz en el 206 a.C. Tales iniciativas, emprendidas por Escipión, consistieron en la autorización a las fuerzas númeras de Masinisa “para devastar los campos vecinos”. Estas áreas no corresponderían, obviamente, al *ager* gaditano (por cuanto se trata de una ciudad entregada en *deditio*), sino a territorios de los últimos núcleos suroccidentales resistentes, que podrían localizarse al oeste de *Gadir*.

El arraigo de los elementos filopúnicos en el sur peninsular durante la época bárquida no parece haber desaparecido absolutamente tras el 206 a.C.⁷. Un rescoldo de resistencia antirromana parece manifestarse en la participación activa del mediodía hispano en la sublevación del 197-195 a.C. en la que, a decir de Livio, participan ciudades como Carmo, liderada por Luxinio, o los 17 *oppi-*

6. Serían los casos de *Arsa*, *Turiregina*, *Balleia* y *Fornacis*, que acuñan bronce con leyenda púnica, cf. GARCÍA-BELLIDO (1993); ID. (1995), pp. 259-64. *Arsa* es una de las principales plazas fuertes de apoyo a Viriato (APPIAN., *Iber.*, 68-69). Sobre las acuñaciones púnicas en la Península Ibérica, cf. GARCÍA-BELLIDO, CALLEGARIN (2000); ALFARO (2000).

7. La pervivencia de elementos púnicos – culturales, lingüísticos, socioeconómicos, demográficos – es latente en las ciudades de la Bética hasta época de Augusto, como pone de manifiesto Estrabón (3, 2, 12). Sobre la integración de las comunidades fenicio-púnicas en la Hispania romana, LÓPEZ CASTRO (1995 y 2007).

da de Culchas (Liv., 33, 21, 8)⁸, y, significativamente, como apunta el patavino, existe un gran riesgo de contagio a Beturia. Nos hallamos, por tanto, *mutatis mutandis*, ante los mismos escenarios de la guerra viriática, en una área, en definitiva, que presenta ya, a mediados de siglo, una historia, una tradición cultural que no conviene perder de vista a la hora de estudiar el conflicto romano-lusitano. En lugar de un pugna contra bizarros bandoleros lusitanos, imagen consagrada en la historiografía clásica, la guerra viriática parece representar en realidad el enfrentamiento de la *Res publica* con una liga de resistencia en el sur de Hispania liderada por Viriato; una liga tan nutrida como heterogénea cuyos movimientos, sin duda complejos, coinciden con el desarrollo de la Tercera Guerra Púnica.

De la interacción con el mundo cartaginés, el conglomerado lusitano obtuvo un valioso aprendizaje, tanto en el plano de la estrategia y táctica militares como en el ámbito del derecho de guerra, ya en la esfera político-diplomática. El contacto indígena con la civilización púnica permitió el conocimiento, de primera mano, de las instituciones políticas complejas de uno de los principales estados del Mediterráneo. En el futuro, a partir de la interacción púnica, el mundo lusitano – como también el carpetano, el vacceo y el vetón, aun en menor medida – asumirán aspectos diversos de la normatividad de la guerra, como los mecanismos de la toma/entrega de rehenes o los condicionamientos de las circunstancias de la rendición sobre la imposición de cargas y sanciones, protocolos comunes al *ius gentium* antiguo. Pero fue probablemente el de la diplomacia el elemento de interacción púnico-lusitana que más repercusiones presentaría a medio plazo⁹: el estado cartaginés – como después el romano – desarrolló en Iberia una actitud sistemática de atracción de las élites locales. Esta práctica se articuló a través del refuerzo político y económico de los gobiernos unipersonales fieles, y empleando, en los restantes casos, bien la disuasión militar, bien el recurso directo a la violencia. Como frutos de la política púnica de atracción de las élites deben considerarse, probablemente, las referencias de las fuentes a la resistencia ilergete o, ya en el área meridional peninsular, la contumacia de Astapa – “siempre fiel a los cartagineses”, en palabras de Livio (28, 22, 1) y

8. Sobre las estructuras de poder en la Hispania prerromana: cf. MUÑIZ COELLO (1995); MORET (2002-03).

9. Sobre esta cuestión, GARCÍA RIAZA (1998).

Apiano (*Iber.*, 33) –, la proclividad inicial de Cástulo (*coniuncta societate Poenis*, Liv., 24, 41, 7) y la resistencia de las ciudades del régulo Attenes en el contexto de la batalla de Ilipa en el 207 a.C. (Liv., 28, 15, 14-15).

En líneas generales, la interacción que se produce en el ámbito de la Lusitania meridional desde los preámbulos de la Segunda Guerra Púnica hasta la consolidación del avance romano en el interfluvio Tajo-Duero, desaparecida la resistencia de Viriato, traslada un escenario de sinergias y aprendizajes entre tres agentes en contacto: púnicos, lusitanos y romanos. Este marco experimenta la puesta en escena, adaptación y reelaboración de sistemas de acción política y militar, así como de mecanismos de negociación y explotación entre poderes locales y estados en expansión que intervienen sobre el territorio. La presión púnica, más propiamente el imperialismo ejercido en nombre de Cartago por la familia Barca en el sur de Iberia desde 237 a.C.¹⁰, puede considerarse el antecedente inmediato y, al tiempo, el elemento catalizador de dicho proceso, en el que no obstante confluyen experiencias de distinta dirección, intensidad y ritmo dada la diversificación de agentes en contacto. La ocupación romana que sustituye al dominio cartaginés tras la entrega de *Gadir* a Escipión en 206 a.C., sabrá beneficiarse de la aplicación de principios e instrumentos de la hegemonía bárquida. De ellos dos resultan esenciales. Por un lado, como ya se ha indicado, la política de atracción de las elites locales, esencial en la conclusión de alianzas de diversa índole y en el acceso a la explotación de recursos, particularmente mineros en el caso de los Bárquidas. Y por otro, el empleo de fuerzas mercenarias como contingente militar, algo ensayado exitosamente por Aníbal y sus lugartenientes durante la Segunda Guerra Púnica, incluso en áreas de retaguardia alejadas del ámbito de control directo púnico como fueron Celtiberia y Lusitania¹¹.

10. Al respecto, GONZÁLEZ WAGNER (1999); BARCELÓ (2000 y 2008); HOYOS (2003 y 2011).

11. Se ha relacionado la organización de distritos o *pagi* púnicos en Iberia, durante la Guerra de Aníbal, además de con motivos económicos o administrativos, con el reclutamiento de fuerzas indígenas para ser trasladadas a África o Italia o para defender el territorio peninsular, desde el Ebro hasta el Océano (POLYB., 3, 33). Según Livio (27, 20), en 209 a.C. las fuerzas cartaginesas se disponen en tres comandos territoriales: el primero en el litoral atlántico y el curso inferior del Tajo al mando de Asdrúbal Giscón (una zona “leal a los cartagineses”, subraya Livio), el segundo controlando el Estrecho y valle del Guadalquivir al mando de Magón Barca, y el tercero

No debe desestimarse sin embargo el papel activo desempeñado por el elemento indígena lusitano, significado en sus estructuras de poder – en plena ebullición política y dinamización étnica debido a la presión exterior – y sustanciado en la potencialidad que sus bases humanas, económicas y territoriales sirven a las estrategias expansionistas de ambas potencias mediterráneas. Ello convierte a las comunidades locales – trátese de ciudades-estado, etnias o confederaciones lideradas por figuras como Viriato – en interlocutores dinámicos, en agentes modeladores también en la interacción y especialmente protagonistas en el proceso de integración en la órbita helenístico-romana.

Resultado de todo ello son observables una serie de paralelismos en los comportamientos – coetáneos o diacrónicos – de los interlocutores púnicos, romanos y lusitanos, fundamentalmente, aunque no sólo, en las esferas del poder y la guerra. La trayectoria coincidente de Aníbal, Escipión Africano y Viriato en el manejo de estrategias de dominio y adhesión constituye un interesante indicador de las sinergias político-militares que caracterizan el horizonte de la expansión púnica y romana en el Mediterráneo occidental. Así, aprovechando la operatividad de los vínculos personales en el establecimiento de redes de dependencia y la importancia de instituciones hispanas como la clientela y la *devotio*, Asdrúbal Barca, a través de alianzas con régu-los locales, y Aníbal, sirviéndose de fórmulas más coercitivas como ya hiciera su padre, consiguen el reconocimiento como *strategós autokrátos* o *dynástes* – una hegemonía próxima a la realeza – por parte de un buen número de poblaciones locales (Polyb., 10, 10, 9; Diod., 25, 12; Liv., 21, 2, 3-7, 21, 21, 1). Contribuye sin duda al afianzamiento de lazos con las aristocracias locales la política matrimonial practicada por los Bárquidas, de la que son prueba las uniones de Asdrúbal y Aníbal con princesas ibéricas. También Escipión Africano es nombrado *rex* por los iberos tras la toma de Carthago Nova (209 a.C.) y el triunfo en Baécula (208 a.C.) (Dio Cass., *Fr.* 57, 42-48; Polyb., 10, 40, 1-7). Junto a razones más pragmáticas como el impulso de estos episodios en la progresión militar romana, y por ende en las aspiraciones de sus potenciales aliados, confluye en este reconocimiento de los indígenas la magnanimidad de la que hace gala el general romano

en el litoral mediterráneo al mando de Asdrúbal Barca. Cf. GONZÁLEZ WAGNER (1989 y 1999); BARCELÓ (2000), p. 172. En tanto áreas de reclutamiento, los territorios de oretanos, olcades y carpetanos también podrían haber dado lugar a distritos militares (PÉREZ VILATELA, 2003).

en su trato a los rehenes retenidos por los cartagineses en Carthago Nova, a los que restituye rango y libertad (Polyb., 10, 18, 34-38; Liv., 26, 50)¹².

Más desconocida resulta la naturaleza y alcance de la jefatura de Viriato por la distorsión del personaje en las fuentes antiguas y su mitificación en la tradición historiográfica. Lejos de la estampa primitivista de guerrero-pastor oriundo del *Mons Herminius* acuñada por A. Schulten, la figura de Viriato parece próxima a la de un rey de la periferia turdetana imbuido de rasgos púnico-helenísticos, al menos en el cénit de su poder, coincidiendo con su reconocimiento como *amicus populi Romani* por el senado romano (140 a.C.)¹³. Como ocurriera con los Bárquidas y los Escipiones, las adhesiones de pueblos y ciudades de distinta adscripción étnica – entre ellas no pocas de raigambre púnica – bien por su poder y carisma, bien por su genio militar y éxito frente a Roma, están en la base del encumbramiento de Viriato como líder global, sin descartarse el rédito de emparentar con otras aristocracias, tal y como pondría de manifiesto el episodio de los esponsales con la hija del opulento Astolpas (Diod., 33, 7, 1-6).

La sanción religiosa o el recurso a lo providencial es otra estrategia de poder, en este caso ideológico, típicamente helenística y de la que se sirven nuestros protagonistas como captación de voluntades. Así, mientras Aníbal se desplaza hasta Gadir para invocar solemnemente la protección de Melqart antes de iniciar su marcha sobre Italia (Liv., 21, 21, 6)¹⁴, la guía divina – anunciada en los sacrificios previos al combate – es la que conduce a un iluminado Escipión a la victoria en la batalla de Ilipa (206 a.C.) (Polyb., 11, 20-24; Appian., *Iber.*, 26). Menos nítidamente por la deformación histórica del personaje, en Viriato también es patente la apropiación religiosa en el hecho de acampar en el Monte de Afrodita, en el código ético que rige sus actos, en los sacrificios que los jefes lusitanos realizan antes de la batalla o en sus propias exequias fúnebres que, con com-

12. Un comportamiento que en los relatos de Polibio y Livio toma la forma de elogiosa propaganda escipiónica; cf. TORREGARAY (1998 y 2003), pp. 271-7.

13. Sobre el contexto histórico de Viriato y su estatus político-militar, cf. LÓPEZ MELERO (1988); CIPRÉS (1993), pp. 159-66; PÉREZ VILATELA (2000), pp. 259-75; PASTOR (2004); SÁNCHEZ MORENO (2006); SALINAS (2008).

14. El culto – y la imagen – de Melqart es un instrumento ideológico de legitimación del imperialismo bárquida, del que sabrá servirse el poder romano con la reelaboración del Hércules gaditano (LÓPEZ CASTRO, 1995, pp. 81-4, 104-6).

bates gladiatorios incluidos, son propias de un héroe homérico o un diádoco alejandrino (Diod., 31, 21a; Appian., *Iber.*, 75). Ritualidad y propaganda juegan por igual baza en estas maniobras.

Otro paralelismo es el establecido en la redistribución de recompensas. El reparto del botín, la entrega de dádivas y, en suma, la retribución de riquezas son mecanismos empleados por líderes y reyes para asegurar fidelidades y extender lazos de compensación social y guerrera. Estas dinámicas son esenciales en el horizonte de la expansión de cartagineses y romanos en Hispania. Aníbal y Escipión obsequian a sus aliados con regalos (armas, caballos, alhajas...), de igual guisa que Viriato se presenta como adalid de justicia y equidad en el reparto del botín de guerra entre los suyos (Diod., 5, 33, 1; Appian., *Iber.*, 75)¹⁵.

Los ejemplos anteriores demuestran que en lo básico, y desde una lectura de la documentación desprovista de prejuicios, el lenguaje de las élites lusitanas – con el recurso a los lazos dinásticos, la *fides* clientelar o el dominio ideológico – no difiere del desarrollado por los generales púnicos y romanos con los que dichas élites entran en contacto desde finales del siglo III a.C. En tal sentido, se ha intentado poner de manifiesto en estas páginas cómo la interacción con el poder púnico funciona como laboratorio para la observación y ensayo, primero, e interiorización, después, de fórmulas político-diplomáticas y estrategias militares a través de las cuales las poblaciones del Suroeste peninsular se integran progresivamente en la koiné helenístico-romana. Una koiné de sustrato púnico que, iniciada con el desembarco de los Bárquidas en Gadir, alcanza su cénit en nuestro escenario con el doble reconocimiento de Viriato como amigo de Roma y soberano de las tierras y gentes de la Lusitania meridional.

Bibliografía

- ALFARO ASINS C. (2000), *Economía y circulación monetaria en la Segunda Guerra Púnica*, en *La Segunda Guerra Púnica en Iberia. XIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 1998)*, eds. por B. COSTA, J. H. FERNÁNDEZ, Ibiza, pp. 117-27.
- BARCELÓ BATISTE P. A. (2000), *Aníbal de Cartago. Un proyecto alternativo a la formación del Imperio Romano*, Madrid.
- BARCELÓ BATISTE P. A. (2008), *Un primer ensayo imperialista*, en J. ALVAR

15. Sobre la redistribución de recompensas guerreras como fundamento del poder y liderazgo de Viriato: cf. SÁNCHEZ MORENO (2002).

- EZQUERRA (ed.), *Entre fenicios y visigodos. La historia antigua de la Península Ibérica*, Madrid, pp. 107-45.
- CIPRÉS TORRES P. (1993), *Guerra y sociedad en la Hispania indoeuropea*, Vitoria.
- GARCÍA RIAZA E. (1998), *La presencia cartaginesa en Hispania (237-206 a.C.): aspectos diplomático-militares*, «Mayurqa», 24, pp. 17-31.
- GARCÍA RIAZA E. (2002), *Celtíberos y lusitanos frente a Roma. Diplomacia y derecho de guerra*, Vitoria.
- GARCÍA-BELLIDO M. P. (1993), *Las cecas libiofenicias*, en *Numismática hispano-púnica. Estado actual de la investigación. VII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 1992)*, ed. por B. COSTA, J. H. FERNÁNDEZ, Ibiza, pp. 97-146.
- GARCÍA-BELLIDO M. P. (1995), *Célticos y púnicos en la Beturia según sus documentos monetales*, en *Celtas y Túrdulos: la Beturia*, (Cuadernos Emeritenses, 9), Mérida, pp. 255-91.
- GARCÍA-BELLIDO M. P., CALLEGARIN L. (eds.) (2000), *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo occidental*, Madrid.
- GONZÁLEZ WAGNER C. (1989), *The Carthaginians in Ancient Spain. From administrative trade to territorial annexation*, «StPhoen», x, pp. 145-56.
- GONZÁLEZ WAGNER C. (1999), *Los Bárquidas y la conquista de la Península Ibérica*, «Gerión», 17, pp. 263-94.
- HOYOS B. D. (2003), *Hannibal's Dynasty. Power and Politics in the Western Mediterranean, 247-183 B.C.*, London-New York.
- HOYOS B. D. (2011), *Carthage in Africa and Spain, 241-218*, en B. D. HOYOS (ed.), *A Companion to the Punic Wars*, Oxford, pp. 204-22.
- LÓPEZ CASTRO J. L. (1995), *Hispania poena. Los fenicios en la Hispania romana (206 a.C.-96 d.C.)*, Barcelona.
- LÓPEZ CASTRO J. L. (2007), *The Western Phoenicians under the Roman Republic: Integration and Persistence*, en P. VAN DOMMELEN, N. TERRENTATO (eds.), *Articulating Local Cultures. Power and Identity under the Expanding Roman Republic*, Portsmouth-Rhode Island, pp. 103-25.
- LÓPEZ MELERO R. (1988), *Viriatus Hispaniae Romulus*, «ETF(hist)», 1, pp. 247-61.
- MORET P. (2002-03), *Los monarcas ibéricos en Polibio y Tito Livio*, «CPAM», 28-29, p. 23-33.
- MUÑIZ COELLO J. (1995), *Monarquías y sistemas de poder entre los pueblos prerromanos de la Península Ibérica*, in *Homenaje al Profesor Presedo*, Sevilla, pp. 283-96.
- PASTOR MUÑOZ M. (2004), *Viriato. El héroe hispano que luchó por la libertad de su pueblo*, Madrid.
- PÉREZ VILATELA L. (2000), *Lusitania. Historia y etnología*, Madrid.
- PÉREZ VILATELA L. (2003), *Polibio (III, 33, 9) y la administración territorial cartaginesa de Iberia*, «HAnt», 27, pp. 7-42.
- SALINAS DE FRÍAS M. (2008), *La jefatura de Viriato y las sociedades del occidente de la Península Ibérica*, «Palaeohispanica», 8, pp. 89-120.

- SÁNCHEZ MORENO E. (2002), *Algunas notas sobre la guerra como estrategia de interacción social en la Hispania prerromana: Viriato, jefe redistributivo (y II)*, «Habis», 33, pp. 169-202.
- SÁNCHEZ MORENO E. (2006), *Ex pastore latro, ex latrone dux... Medioambiente, guerra y poder en el Occidente de Iberia*, en T. ÑACO, I. ARRAYÁS MORALES (eds.), *War and territory in the Roman World*, Oxford, pp. 55-79.
- SÁNCHEZ MORENO E. (2008), *De Aníbal a César: la expedición de Aníbal a Salamanca y los vetones*, en J. R. ÁLVAREZ SANCHÍS (ed.), *Arqueología vettona. La Meseta occidental en la Edad del Hierro*, «Zona Arqueológica», 12, pp. 381-93.
- SCHULTEN A. (1917), “*Viriatus*”, «*Neue Jahrbücher*», 39, pp. 209-37.
- TORREGARAY PAGOLA E. (1998), *La elaboración de la tradición sobre los Cornelii Scipiones: pasado histórico y conformación simbólica*, Zaragoza.
- TORREGARAY PAGOLA E. (2003), *Estrategias gentilicias y simbolismo geopolítico en la narración polibiana de la conquista de la Península Ibérica*, en J. SANTOS YANGUAS, E. TORREGARAY PAGOLA (eds.), *Polibio y la Península Ibérica*, (Revisiones de Historia Antigua, 4), Vitoria, pp. 245-78.